

I. Naturaleza y Función de la Cultura en la Sociedad

El concepto cultura que usaremos en este trabajo va más allá de la capacidad de apreciar la belleza o poseer una preparación definida. Lo que aquí entendemos por cultura es aquel conjunto de ideas, valores, actitudes o creencias que son adoptadas firmemente por una comunidad concreta y que son encargados de regir los comportamientos personales o sociales. Podemos entonces afirmar que tales valores tienden a conducir al individuo en sociedad a situaciones consideradas deseables. Con ellos la persona se siente identificada, aunque naturalmente esa empatía puede romperse al variar las circunstancias originales¹.

En Nicaragua, por ejemplo, ya no se emplea el criterio paternalista como guía de conducta para tratar con personas a nuestro servicio. Hoy en día la relación laboral, no es abscriptiva sino contractual; la inscripción al Seguro Social a los asalariados es obligatorio y objetivo, fundada en documentos de negociaciones y conducidas las negociaciones con criterio técnico, donde se establecen derechos y deberes de las partes, como salario, horas de trabajo, vacaciones, preaviso, incapacidades por

1. El relativismo cultural que afirma que todas las culturas son esencialmente equivalentes y no resisten comparaciones de valor, ha sido la sabiduría convencional por décadas en los círculos académicos. Sin embargo, algunas culturas se inclinan al progreso, mientras otras, no.

accidente, jubilación, bono por años de servicio y demás protecciones que especifica la ley.

No obstante, en una época de transición como la que vivimos, los comportamientos y sus agentes tradicionales no han desaparecido totalmente, sino que conviven con los nuevos, en mezcla variable, inestable y provisional, que muchas veces produce situaciones paradójicas.

El proceso de asimilación funciona dentro de un mecanismo lento, siempre que el recambio produzca mejor rendimiento. Cuando en los años 80, la revolución sandinista quiso imponer los CDS como instrumento de control de los barrios y asegurar así la colaboración de los pobladores, actuando como «ojos y oídos de la revolución», la iniciativa no fue rechazada de plano, por miedo a represalias, sino que derivó al poco tiempo en entrometimiento abusivo en la vida privada de las personas, degenerando además en focos de comercio corrupto aprovechándose de las provisiones y bienes entregados para su distribución.

Por otra parte, si bien cada una de las facetas de nuestras cultura (artística, religiosa, política, castrense, etc.) tiene sus matices, todas comparten un común denominador que las identifica con el sello del carácter nacional, con nuestro Weltanshanung. A ese respecto, podemos considerar el conjunto de esos valores como si fuesen la «Piedra Roseta» que descifró Champollion, pieza multicultural que resultó indispensable para descifrar los jeroglíficos egipcios.

Es que la cultura, como dice Jung, reúne la «conciencia colectiva», que antes se suponía rígida y transmitida mecánicamente de generación en generación, a través del mecanismo de la tradición. Ahora se le matiza, afirmando

la influencia por la temprana y continua socialización en el trato con la comunidad.

En todo caso la cosmovisión, que poseemos en nuestro subconsciente es una especie de: «reservorio» estable y primigenio que contiene principios, ideales artísticos, leyendas, experiencias, folclor, mitos e incluso utopías, que tomaron nuestros antepasados como ciertos e ineludibles y que componen al final un cierto «estilo de vida» del nicaragüense.

Aunque habitualmente fijos, tales valores, tienen sin embargo variaciones personales, algo así como excepciones a la regla. No obstante, pueden dichos valores modificarse a través de nuevas vivencias: copia de otras culturas más poderosas con las que tuvimos estrecho contacto, voluntario o impuesto por conquista, o como consecuencia de cambios sociales dramáticos y violentos. Durante la intervención armada de los marines norteamericanos se produjo un proceso de aculturación lento, contradictorio y a veces ambiguo. De esos valores que dejaron los marines, esta la mayor importancia que empezamos a darle a la higiene, al vestido informal. Por ejemplo: Basado en esas premisas, se condiciona cada vez más a una cultura particular, con el rendimiento de sus ciudadanos. Ya no es acertado decir que la Cultura es un subproducto del desarrollo de un país, sino al contrario, que es la cultura la que condiciona el desenvolvimiento socioeconómico de aquella nación y, por ende, la calidad de su régimen político.

Ese planteamiento provoca algunas preguntas inquietantes, como por ejemplo, ¿por qué ciertas culturas tienen mayor propensión a la modernización y otras permanecen a la zaga? O bien, ¿por qué ciertos pueblos son más proclives y flexibles en adoptar la cultura cívico-democrática,

mientras otros escogen regímenes autoritarios para gobernarse? Y finalmente, si valores que han probado ser perjudiciales pueden cambiarse por mutación cultural y a través de qué mecanismo.

La pregunta de fondo es: ¿cómo los valores de la cultura política nicaragüense han influido en su historia y en el comportamiento de sus dirigentes? Y si de alguna manera, continúan proyectando su sello distintivo, aún en esta etapa de transición hacia la democracia, por la que atraviesa el país.

Esto se plantea como cuestión previa la necesidad del conocimiento histórico. Como afirma MELÉNDEZ «la interpretación debe ser necesariamente precedida del conocimiento pleno del acontecer histórico. La pretensión de algunos de interpretar antes de conocer los detalles, puede resultar eminentemente especulativa y falsa, que con alguna frecuencia los ha llevado por sendas extrañadas». En todo caso, impresiona el círculo vicioso en que hemos vivido los nicaragüenses en 171 años de independencia, alternando, hasta hace poco, dictadura con guerra civil. En efecto, en aquel lapso de tiempo hemos sufrido setenta años de dictadura (17 de Zelaya, 43 de la dinastía Somoza, diez del FSLN). A esto deben agregarse los 35 años de anarquía (1821-1856).

Estos datos han llevado a muchos observadores a creer que seguimos atrapados sin remedio en un perverso mecanismo circular. Por lo demás, la intervención extranjera ha jugado un papel negativo, debilitando nuestra identidad nacional e impidiendo el desarrollo natural, condicionándonos a ser dependientes, erosionando así nuestra autoestima, aunque los sociólogos llaman heteronomía.

La consecuencia ha sido inestabilidad e ingobernabilidad crónica, que han generado miseria en amplios seg-

mentos de nuestra sociedad. En descargo de los protagonistas, pareciera que esa rutinaria e impropia actuación de los políticos fuese resultado de una compulsión cultural, sin distingo de ideología o clase social. A ese respecto, nuestras observaciones nos han llevado a localizar una lista de valores que, por ser reiterativos y generalizados, en el escenario político, los juzgamos típicos de nuestra clase política.

Desde esa perspectiva, aclaremos de una vez que, para el autor, la palabra «cultura» tiene, hasta cierto punto, una connotación idealista, en el sentido que la concibe como manifestación de presupuestos subconscientes que, sin embargo, pueden reforzarse por la experiencia compartida y repetida, como también modificarse, por influencia desde afuera. Esto nos permite asegurar que está profundamente arraigada, constituyendo una especie de tácito convenio sin lo cual el ordenamiento y la interacción son difícilmente concebibles.

Toda estas reflexiones nos conducen a las premisas que rigen la cultura política democrática, que de acuerdo con ALMOND Y VERA tiene tres niveles a) la cognoscitiva que se refiere a la información del sistema político, b) la afectiva que abarca los sentimientos que despierta el sistema y sus actores, d) la evaluativa que tiene que ver con los juicios y criterios que la gente tiene sobre la forma de gobernarse.

No obstante, esa cultura democrática no es un concepto abstracto, sino que se apoya en lo que se llama la “cultura cívica”. Una especie de piedra sillar en la construcción de aquella. Al respecto vale la pena mencionar cuáles son los valores que integran a esa cultura cívica

de la que **ALMOND Y VERA** han sido sus propulsores. Ellos son: “la participación, en que los ciudadanos toman parte en las decisiones políticas; una sociedad abierta y deliberativa que incluye libertad de opinión y de organización política; la secularización que implica que los ciudadanos no están obligados ni sujetos a presupuestos que van más allá de la racionalidad; competencia o eficiencia cívica, que otorga al ciudadano a organizarse y plantear demandas al gobierno o cualquier factor de poder en la sociedad; legalidad que supone un régimen de derecho donde se establecen los derechos y deberes del ciudadano, pluralismo, que reconoce el derecho a disentir, la diversidad de opiniones, la tolerancia a lo diferente y finalmente la cooperación que implica un sentido nacional que obliga a coadyuvar esfuerzos y solidaridad. La pregunta final es *¿cómo la cultura influencia en el progreso?*

He aquí algunas propuestas:

1. **Manejo del tiempo:** las culturas progresistas enfatizan el futuro En cambio las estacionarias hacen hincapié en el presente o en el pasado. Como consecuencia la orientación al futuro implica una visión global que repercute sobre el destino individual.
2. **La visión de trabajo:** en la culturas políticas progresista está centrada en sentirse bien; en cambio en la estáticas, es una carga.
3. **La frugalidad:** el origen de la inversión y la seguridad financiera, en las culturas progresistas .En cambio es una amenaza para el estatus igualitario que predomina en las culturas estacionarias.

4. **La educación:** clave “para el progreso en las culturas progresistas y en cambio es de importancia marginal, excepto para las élites, en las culturas estáticas.
5. **El mérito:** es básico en el avance personal en las culturas progresistas; en cambio en las tradicionales lo que cuenta son las conexiones y los vínculos familiares.
6. **La comunidad:** es el centro en la expansión y la confianza en las culturas progresistas más allá de la familia, para reconocerse socialmente. En las culturas estáticas la familia circunscribe a la comunidad.
7. **El código de ética:** tiende a ser más riguroso en las culturas progresistas. En cambio la corrupción es más frecuente en el subdesarrollo. Los países del tercer mundo aparecen entre los 25 países más corruptos.
8. **La justicia:** y el trato parejo son expectativas esperadas en culturas progresistas. En cambio en las estáticas, la justicia depende de las relaciones que tenga la persona o en la cantidad que tiene que pagar.
9. **La autoridad:** tiende hacia la dispersión y la horizontalidad en las culturas progresistas. En cambio es verticalista y concentrada en las culturas estáticas.
10. **Secularismo:** la influencia de las instituciones religiosas en la vida civil es pequeña en las culturas progresistas, en cambio es muy influyente en las culturas estáticas. (Tomado de *Who ‘progress?’* Harrison).

Es honesto reconocer que son escasos en nuestro medio los trabajos de investigación, encuestas de opinión, etc. sobre cultura y política que nos hubiera gustado consultar y citar. Sólo existen como antecedente valioso las monografías del Instituto de Estudios Nicaragüenses, dependiente de la Fundación Friedrich Ebert de Alemania. También sobresalen las publicaciones sobre el tema de Harrison, Oquist, Rapaille, Cruz Jr., Cuadra Pasos, Cuadra Cardenal, Pablo Coronel, Selingson, Amara Pérez, entre otros.